

HUGH THOMAS

Autor de 'La Guerra Civil Española', una de las primeras obras que abordó de forma integral y alejada de la visión de los vencedores nuestra última contienda fratricida, el hispanista se convirtió en un referente intelectual y un modelo para otros historiadores, nacionales y extranjeros. Durante años fue corrigiendo y ampliando el texto, a la vez que completaba una trilogía sobre el descubrimiento de América por los españoles

Historiador de España y América

ÁNGEL VIVAS

Una de las distorsiones que provocó el franquismo (es sabido) fue la de hacer pasar por peligrosos izquierdistas a personas de orden. Todo aquel que no comulgara con la estricta visión de las cosas que tenía e imponía el régimen era un rojo. Lo era para el régimen y para quienes se le oponían. A los animosos estudiantes del tardofranquismo, cualquier profesor que citara a Marx o se ocupara del Frente Popular sin demonizarlo les parecía un *progre*. Lo mismo cabía decir de los hispanistas, especialmente de los historiadores. Cualquiera que hablara de guerra civil y no de *cruzada*, que respetara a la República y hablara sin tapujos de los crímenes de los sublevados parecía un aliado de quienes luchaban contra el régimen. Y en cierto modo lo eran. Lo que no eran muchos de aquellos profesores e hispanistas era rojos. No lo era Tussell; no lo era (Dios le libre) Stanley Payne, y no lo era el moderado y de familia noble Hugh Thomas, fallecido el pasado sábado y uno de los más ilustres miembros de esa constelación de hispanistas, suerte de brigada internacional cultural que abrió un boquete en la historiografía oficial franquista. Los progres que se equivocaron con ellos rectificaron su opinión con los años, viéndoles con ojos más críticos, para -tal vez- más tarde todavía, y en un nuevo movimiento de síntesis, como en la dialéctica hegeliano-marxista (ay, la vieja dialéctica), entender que tenían razón en todo: en haber parecido antifranquistas en su momento y en deberse a su labor académica y no a ninguna visión de partido.

Una anécdota real a propósito de Hugh Thomas. Cuando un grupo de inquietos jóvenes, ellos sí verdaderos rojos, del bullicioso barrio de la Concepción, c. 1972, querían agitar el cotarro dando un seminario sobre la Guerra Civil en el preceptivo colegio de curas, escogían el canónico libro de Thomas. Autor que era tildado literalmente de comunista por algún otro joven falangista que iba por allí a contrarrestar la propaganda roja (sin que la sangre llegara al río).

Hugh Thomas, que es a lo que veníamos, se convirtió desde la temprana aparición de su libro *La Guerra Civil Española* (temprana también para él, que lo publicó con 30 años), en un símbolo del hispanismo antifranquista. Durante años, Thomas fue al autor de aquel libro, publicado, para que nada faltara, en Ruedo Ibérico, emblema del exilio.



JESÚS MORÓN

Por supuesto, el libro circuló convenientemente, sorteando dificultades, por España (salud y gratitud a los viejos librereros). En el prólogo de esa obra escribió Thomas: «En el extranjero *necesitaban* una historia de la Guerra Civil, al decir de los editores». Con el tiempo, el historiador revisó las nuevas ediciones de su obra. Y el sentido de la revisión se puede adivinar por una frase que dijo Ricardo de la Cierva: «Hugh Thomas hizo un intento de equilibrio y es mucho mejor ahora».

De modo que, *inter nos*, Thomas tiene todas las bazas para quedar como el historiador de nuestra Guerra Civil. Pero semejante visión sería injusta por limitadora. Diez años después (qué menos, tratán-

dose del tipo de trabajos minuciosos y exhaustivos que eran), y siempre dentro del ámbito hispánico del que prácticamente no saldría, publicó una historia de Cuba, que en algunas ediciones salió en tres volúmenes.

En 1979 se atrevió con un trabajo global: *Una historia inacabada del mundo* que, pese a su título, daba especial importancia a Occidente por haber constituido a partir del siglo XV, «para bien o para mal, el elemento dinámico del mundo». Y a esas alturas le parecía «prematureo» hablar del desmoronamiento de Europa. «Sólo las sociedades que tienen fe en sí mismas sobreviven», y la de Occidente no le parecía entonces agotada. «Resulta difícil vislum-

brar en el horizonte nuevas ideas capaces de enfrentarse eficazmente con las nuestras en un combate libre y abierto», escribía en ese trabajo. En sucesivas reediciones, constataba el renacimiento de la religión en el final de siglo y señalaba el terrorismo y las amenazas al medio ambiente como dos grandes peligros para el que estaba a punto de llegar. También profetizaba el aumento de las «protestas destructivas» originadas por «el resentimiento de las naciones pobres contra las ricas», lo que no estaba nada mal cuando faltaban más de veinte años para el 11-S y apenas se estaba instalando Jomeini en Teherán.

Metido ya de lleno en el ámbito hispanoamericano, en 1993 publicó

La conquista de México y, unos años después, *La trata de esclavos*, libro que nació de su estudio sobre Cuba. Hablando de este libro, dijo en una entrevista: «Los africanos han hecho una contribución a la civilización de América más importante que su trabajo en los cafetales o las minas: su música. La música de los negros es una de las cosas más importantes de Estados Unidos; en comparación, el *country* es frívolo». También decía algo que ahora, con el *Brexit*, vuelve a estar de actualidad: «En 1713, en el Tratado de Utrecht, fue más importante para los ingleses conseguir el asiento para vender esclavos que hacerse con Menorca y Gibraltar. Por cierto que Menorca ha vuelto a ser española y Gibraltar no; yo preferiría que hubiera pasado lo contrario, Gibraltar es un trozo de roca que no sirve para nada». Thomas era un europeísta que, de hecho, dejó el laborismo en el que se inscribía y había colaborado con Harold Wilson, cuando el partido se mostró tibio en el asunto de la integración europea. Se pasó a los *tories*, a los que dejó cuando los conservadores tomaron la misma opción, para unirse a los liberal-demócratas.

Con el nuevo siglo, Hugh Thomas emprendió una obra verdaderamente mayor, cuya importancia es difícil de exagerar, una trilogía sobre el descubrimiento y conquista de América por los españoles. Una obra, como todas las suyas, dirigida al gran público, y en la que ensalzaba la confianza y la capacidad para aguantar tantos desafíos que poseían aquellos aventureros, «héroes magullados, como consecuencia de su actitud hacia los indígenas, pero héroes de todas formas, como los de Homero». Sin perjuicio de que gastaran unas maneras extremadamente violentas y tuvieran «la capacidad de avanzar por el territorio sin escrúpulos acerca del coste de sus acciones».

En medio de la redacción de esa monumental trilogía, Thomas escribió la biografía del empresario español Eduardo Barreiros, propuesta que partió de la hija de éste, Mariluz Barreiros, esposa entonces de Jesús de Polanco (poco después se separaron). Escribió también tres novelas. Ganó el premio Somerset Maugham (por su libro sobre la Guerra Civil) y estaba en posesión, entre otras distinciones, de la Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica y la Gran Cruz de la Orden de Alfonso X el Sabio, además de un par de premios de periodismo concedidos en España. En los años 50 trabajó para el Foreign Office y, más tarde, fue asesor de Margaret Thatcher.

Era lord y, según quienes le trataron de cerca, poseía el típico humor sutil, la fina ironía de un inglés de clase alta. Entre los problemas del presente, destacaba la necesidad de salvar la herencia liberal de Occidente. No le importaba ser acusado de narcisismo democrático.

Hugh Swynnerton Thomas, historiador e hispanista, nació en Windsor (Reino Unido) el 21 de octubre de 1931 y murió en Londres el 6 de mayo de 2017.